

La canoa de los sacerdotes hacia alto en un punto en que el lago tenia una vorágine.

Allí era el sitio en que las dos tiernas criaturas debian ser sacrificadas.

El terrible aparato, la vista del agua, el instinto que les indicaba que allí iban á perder la vida, llenaba de espanto á los dos niños, que lloraban sin cesar y demandaban compasion.

Los himnos religiosos apagaban la voz infantil de las dos víctimas, que eran ahogadas en el lago, en cuyas aguas se arrojaban en seguida los cadáveres de los prisioneros sacrificados, que habian sido llevados en una canoa con aquel objeto. Así creian que el dios Tlaloc les enviaria las aguas en tiempo oportuno para la siembra.

Despues de los sacrificios, seguia el castigo de los sacerdotes que, durante el año, se habian manifestado negligentes en el cumplimiento de sus obligaciones, ó habian cometido algun delito que no merecia la muerte. El castigo era privarles del sacerdocio, y atándoles de la cintura una cuerda, sumirles repetidas veces en el agua, de donde salian medio ahogados y sin fuerzas.

Séptimo mes. El mes séptimo empezaba el 26 de Junio, Fiesta á la diosa de la sal. y en él se celebraba la fiesta en honor de *Huixtocihuatl*, diosa de la sal. La víspera se se le sacrifica una prisionera. daba un gran baile de mujeres, que danzaban formando circulo. En medio de éstese encontraba una mujer que llevaba el traje semejante al de la diosa; era una prisionera destinada al sacrificio de la deidad. El baile duraba toda la noche. Al siguiente dia, que era el de la festividad, se daba otro baile, desempeñado por los sacerdotes.

Solo se interrumpia este baile, que duraba todo el dia, de cierto en cierto tiempo, en que se detenian para sacrificar algunos prisioneros que presenciaban la fiesta.

Así continuaban hasta la caida del sol, que era la hora destinada para el sacrificio de la infeliz prisionera.

Conducida á la piedra del sacrificio, cuya superficie convexa obligaba, como he dicho ya, á tener levantado el pecho, el corazon de la víctima era presentado al sol por el sacerdote, cuando aquel astro se ponía, como queriendo no presenciar las aberraciones de los hombres.

El alimento que los sacerdotes tomaban el dia de la fiesta que acabo de describir, se reducía á alubias, llamadas allí *frijoles*.

Todo este mes era de grandes regocijos y fiestas. Los bailes y los banquetes se verificaban casi todos los dias en las casas de los nobles; los pobres y los ricos se vestían con los trajes mejores que tenían; los poetas recitaban sus mejores composiciones eróticas; los plebeyos iban á cazar á los montes, los grandes daban dias de campo en sus jardines, y los militares hacian vistosos simulacros de guerra.

Octavo mes. El octavo mes, que empezaba el 16 de Julio, se celebraba la fiesta en honor de *Cen-teotl*, diosa de la tierra y del maíz, á quien Regalos entre las familias. en ese período se le daba el nombre de *Xi-lomen*, á causa de que en ese tiempo, la ma- Se le sacrifica una prisionera y varios prisioneros. zorca tiene el grano en estado tierno que se llama *xilotl*, y aun hoy suelen decir los indios labradores, cuando se halla así, que está *jiloteando*. Ocho dias duraban las fiestas que se hacían á esta divinidad, y en ellas

las familias se enviaban regalos unas á otras de oro, plata, plumas y animales raros; los nobles daban grandes banquetes, y el rey y los señores daban de comer, en esos dias, en el átrio interior del templo, á gran número de personas del pueblo. Los que alcanzaban esta distincion, se colocaban en el átrio, formando hileras, y á la vez que abundantes y buenos manjares, se les servia un agradable licor llamado *chiampinolli*. Entre los sabrosos platos de que gustaban los mejicanos, se encontraba el *tamalli*, llamado hoy *tamal* (1). Despues de la comida del pueblo, y al ponerse el sol, bailaban los sacerdotes por espacio de cuatro horas, en cuyo tiempo estaba iluminado el templo con leños aromáticos y resinosos, que no producian humo.

Varios prisioneros se destinaban para ser sacrificados á la deidad festejada; pero la víctima notable era una prisionera, á quien vestian con traje igual al de la diosa para que la representara.

Esta prisionera, que era joven y hermosa, tomaba parte el último dia en el baile de los nobles y de los militares. Llegado el momento fatal, era conducida al altar, donde era sacrificada con las demás víctimas. A esta fiesta, lo mismo que al mes en que se celebraba, se le llamaba *Hueiteucuilhuil*, que significa *gran fiesta de los señores*.

(1) Son hechos de masa de maíz, y entre ellos hay de varias clases: unos mezclados con pedacitos de carne, otros con pimiento, llamado *chile*, otros de dulce, otros de manteca, y algunos de una fruta parecida á nuestra cereza, llamada *capulin*. Suelen tomarse calientes, y están envueltos en hojas de maíz. El tamaño es el de un chorizo, pequeñito y gordo.

Noveno mes. El noveno mes, que caia el 5 de Agosto, se
Segunda fiesta celebraba la segunda fiesta del dios *Huit-*
al dios de la guerra. *zilopochtli*. En esta festividad se adornaban
Adorno de flores y sacrificio de víctimas humanas. con flores todos los ídolos de los templos, de
las calles y de las casas, al mismo tiempo que

se elegian los prisioneros que debian ser sacrificados. ¡Incomprensible mezcla de costumbres dulces y suaves, con otras duras y crueles! ¡La tendencia á la sensibilidad, á lo bello, amalgamada á una costumbre dura, impuesta por la funesta preocupacion que avasalla y domina!

La noche que precedia á la fiesta se pasaba en preparar las viandas que se habian de servir al siguiente dia en medio del regocijo y la alegría. Al nacer el nuevo sol, la ciudad se ponía en movimiento, y el átrio inferior del templo se llenaba de gente. Los nobles y los guerreros formaban un baile, en que danzaban, poniendo cada cual sus manos encima de los hombros de los otros. Este baile duraba, con ligeras interrupciones, desde la salida hasta la puesta del sol, y terminaba con el sacrificio de los prisioneros.

Con sangre tambien de víctimas humanas se celebraba en el mismo mes la fiesta que se hacia en honor de *Xacateuctli*, dios del comercio.

Décimo mes. Mas horrible era la muerte que sufrían
Fiesta al dios del fuego. los prisioneros del mes décimo, que empezaba
Las víctimas La hoguera y luego sacrificadas. el 26 de Agosto, en la fiesta destinada á
Xiuh-teuctli, dios del fuego. Con gran pompa y solemnidad hacian conducir los sacerdotes, desde un bosque inmediato, un árbol hermoso y lozano que colocaban de pié en medio del átrio inferior del templo. Ninguna atencion se descuidaba para mantenerlo

fresco y frondoso: diariamente se regaba su tronco y sus ramas. Así permanecía con toda su belleza, hasta la víspera del día en que debía celebrarse la fiesta. Entonces sufría una metamorfosis completa. Los sacerdotes le despojaban de las verdes ramas y de la aromática corteza, y le adornaban con papeles de colores, reverenciándole desde ese instante como á perfecta imágen de la divinidad del fuego. Muchos individuos que poseían prisioneros, dominados por el sentimiento religioso, que se sobreponía al del interés y la comodidad, se proponían presentarlos á los sacerdotes, para que fuesen sacrificados. Para verificar dignamente la dádiva y hacer que en todos los actos resaltasen sus creencias, se teñían escrupulosamente el rostro y todo el cuerpo con ocre de subido color, tratando de imitar en lo posible el encendido y flamante del fuego; se adornaban la cabeza con brillantes plumas rojas y amarillas, se ponían el traje mas fino y exquisito que tenían, y así marchaban al templo, llevando las víctimas que consagraban al númen abrasador. Para entregarse á la oración y dedicar su pensamiento á la protectora deidad, se quedaban en el santuario, donde pasaban la noche bailando respetuosamente delante de los monstruosos ídolos. Así llegaba el siguiente día dedicado á la celebracion de la fiesta. A la hora destinada á los sacrificios, los sacerdotes ataban las manos y los piés á las desventuradas víctimas; les cubrían el rostro con el soporífero polvo de una planta llamada *zauhtli*, con el objeto de que, entorpecidas las facultades por el olor, sintiesen menos los padecimientos que les estaban reservados para morir, y revisaban las ligaduras que les sujetaban. Terminada la operacion referida, cada

dueño cargaba en hombros á uno de los esclavos que había presentado, y se dirigían al átrio, en medio del cual se había encendido una hoguera. Reunidos allí todos los dueños, bailaban al rededor del fuego con su prisionero á cuestas, y cada cual arrojaba el suyo á las llamas, de donde les sacaban inmediatamente con unos instrumentos de madera, conduciéndoles en seguida al altar, donde eran sacrificados, abriéndoles el pecho, como era costumbre, y arrancándoles el corazón.

Mes undécimo. El mes undécimo empezaba el 16 de Setiembre; pero desde cinco días antes cesaban todas las fiestas, aunque no los preparativos para la siguiente, que estaba bien cerca, y se dedicaba á *Teteoinan*, madre de los dioses. Los primeros ocho días se hacían bailes; pero

sin que en ellos sonase el menor instrumento de música ni voz ninguna de canto, llevando cada cual el compás que mentalmente se fijaba, y acompañando sus pasos con los gestos y contorsiones que le dictaba su fantasía.

Pronto, por desgracia, transcurría aquel tiempo, y al terminarse, el primer paso que se daba por los sacerdotes era elegir entre las prisioneras más hermosas una que representase á la madre de los dioses. Hecha la elección, vestían á la bella cautiva con un vistoso traje, de hechura igual al que ostentaba la estatua de la diosa, y le destinaban para que la acompañasen, sirviesen y consolasen en su tristeza, varias mujeres, entre las cuales se contaban siempre algunas distinguidas parteras. Por espacio de cuatro días, permanecían las mujeres á su lado, procurando distraerla de sus tétricos pensamientos de muerte, y

dispuestas á obsequiar con amistosa voluntad hasta sus mas ligeros deseos. Llegado el dia principal de la celebracion de la fiesta, la hermosa y desventurada prisionera era conducida por varios sacerdotes al átrio superior del templo, donde estaba colocada la estatua de la diosa á cuya presencia debia perder la vida. No se tendia á la bella prisionera, como se acostumbraba en otras fiestas, sobre el altar para sacrificarla, sino que, teniéndola sobre las espaldas otra mujer, era decapitada por el sacrificador, ensartando su cráneo entre el infinito número de los que se guardaban en determinado edificio, y desollándola cuidadosamente en seguida. En tanto que duraba esta última horripilante operacion, se sacrificaban sobre el altar cuatro prisioneros, en memoria de los cuatro primeros xochimilcos, de igual condicion, que sus antepasados sacrificaron en Colhuacan, durante su penosa esclavitud.

En el momento en que el cadáver de la desdichada prisionera quedaba desollado, se entregaba la piel á un guerrero jóven y gallardo, quien, acompañado de gran número de nobles, la presentaba, con gran veneracion, al dios *Hwitzilopochtli*, conmemorando así el hecho de sus mayores, cuando para hacer madre de su númen de la guerra á una princesa de Colhuacan, hicieron vestir su piel, despues de sacrificarla, á un jóven y valiente guerrero.

En este mes se pintaban los edificios, se componian las calles y los caminos, se reparaban los acueductos y se hacian todas las mejoras materiales posibles. Los militares se ejercitaban en el manejo de las armas; los jóvenes que pretendian pertenecer al ejército, se engan- chaban, quedando obligados desde ese instante á ir á la

guerra siempre que se les ordenase; el rey y los generales pasaban revista á todas las tropas, y los nobles y los plebeyos barriaban el templo.

Mes duodécimo. El duodécimo mes se celebraba la llegada de los dioses. El mes empezaba el 4 de Octubre. Para recibirles con la decencia y dignidad que á tan altos seres correspondian, en- galanaban el día 16 las calles con bellos arcos

de preciosas enramadas, de donde colgaban exquisitos ramilletes y graciosas guirnaldas, formadas de las mas delicadas flores que producian las flotantes y poéticas *chinampas* acariciadas por el lago. No era menos agradable el adorno con que se vestian los templos y la limpieza que reinaba en ellos.

Aunque nadie habia visto jamás llegar á los dioses, ninguno dudaba que empezaban á llegar el 18 de aquel mes para recibir las manifestaciones de amor de los hombres.

El primero que llegaba al templo, segun las creencias de la nacion azteca, era el dios *Tezcatlipoca* que, despues del Sér Supremo, presidia los destinos de la humanidad. Para que sus delicadas plantas no pisasen el áspero suelo, colocaban á la entrada del santuario una estera finisima de palma, sobre la cual esparcian blanda y suave harina de maíz. Toda la noche anterior velaba un sacerdote de alta jerarquia, acudiendo de continuo á la puerta para observar la estera y ver si en la harina que la cubria, existia la huella de la deidad esperada, la cual indicaria que habia entrado ya en el santuario. La pisada se presentaba por último, impresa sin duda por algun otro sacer-

dote, y entonces daba voces diciendo: *nuestro gran dios ha llegado*. Al escuchar la agradable y anhelada nueva, los sacerdotes y el pueblo acudían presurosos para adorarlo, bailaban y entonaban himnos sagrados en el templo durante la noche, y aumentaban el adorno de los altares. Desde el día siguiente, se creía que iban llegando los demás dioses, y el último del mes, en que se suponía que estaban ya reunidos todos, se celebraba la gran fiesta.

Una ancha hoguera hecha de maderas aromáticas y resinosas, se encendía en medio del espacioso átrio del templo. Los sacerdotes, vestidos de negro y atado el cabello en trenzas, conducían junto al fuego á los desgraciados prisioneros que debían ser sacrificados y que marchaban desnudos.

Varios jóvenes de la nobleza, vestidos con extravagantes trajes, imitando horrendos monstruos, se presentaban en seguida; la multitud, ávida de presenciar las escenas que se preparaban, invadía todos los puntos próximos. De repente sonaban los instrumentos músicos; los jóvenes disfrazados de monstruos empezaban á bailar al rededor de la hoguera; y mientras, haciendo ridículas contorsiones, giraban en torno del elemento abrasador, eran arrojados á las llamas los desdichados prisioneros, donde morían lanzando terribles gritos y entre convulsiones horribles.

Terminados los sacrificios, empezaban los grandes banquetes á la caída del sol. En ellos reinaba la alegría, y los licores se servían en abundancia. Todos los convidados bebían en ese momento mayor cantidad de vino de la que acostumbraban tomar comunmente; pero más que por el gusto que les pudiera proporcionar el beber, lo hacían por

espíritu religioso, pues creían que el vino que en aquella fiesta bebían, servía para lavar los pies á los dioses que les habían visitado.

Otra ceremonia, pronunciadamente supersticiosa, se verificaba en la fiesta que nos ocupa. Se creía de una manera firme, que uno de los dioses, antes de marchar, podría descargar su enojo sobre los niños; y á fin de preservar á éstos del mal que temían, les pegaban en las piernas, en los brazos y en los hombros, plumas embaradas en trementina.

Mes	Empezaba el décimo tercio mes el 24 de
décimo tercio.	Octubre, y en él se celebraba la cuarta fiesta
Cuarta fiesta	á los dioses del agua y de los
á los dioses del	montecillos de papel, sobre los cuales colo-
agua y de los	cabán sierpes de madera, idolitos, árboles y
montes.	arroyos. Dispuestas todas las figuritas, po-
Sacrificio de	nían los montecillos en los altares, y los adoraban como
mujeres y de un	á imágenes de los dioses, entonando himnos en su alaban-
hombre.	za, y les ofrecían copal y manjares. La parte sensible, que
	era la de los sacrificios, llegaba en seguida. Cinco eran
	los prisioneros que se inmolaban en esta fiesta á las falsas
	divinidades. Cuatro mujeres y un hombre. A todos se les
	vestía con papeles de vivos colores, cubiertos de resina
	elástica, y á cada uno de ellos se le daba un nombre parti-
	cular, que correspondía á determinado misterio de su reli-
	gion. Puesto el vistoso traje y llegada la hora funesta, se
	les colocaba en unas lujosas andas, y se les conducía pro-
	cesionalmente al lugar en que debían sufrir la muerte.
	Recibidos allí por los sacerdotes y despojados de sus galas,
	eran sacrificados de la manera comunmente acostumbrada.